

# Baúl

## Los libros de texto gratuito

Pedro Siller Vázquez\*

Hace cincuenta años, en las escuelas primarias de México aparecieron por primera vez unos libros en cuya portada podía verse una mujer morena, con mirada de mestiza —diría López Velarde—, quien dulcemente empuñaba la bandera nacional. Era la imagen de la Patria, rodeada de los frutos de la tierra y de los recientes descubrimientos científicos. Los libros eran los llamados “de texto gratuitos”.

Tres años antes, el 12 de febrero de 1959, se había creado la Comisión Nacional de Texto Gratuito encabezada por el escritor chihuahuense Martín Luis Guzmán. La idea era proporcionar a los niños mexicanos los textos de enseñanza más elementales ya que a pesar de que el Artículo Tercero Constitucional habla de la enseñanza gratuita y obligatoria, se exigía entonces que los escolares adquirieran libros, sin la calidad necesaria y cada año a precios más elevados.

En el fondo subsistía la inspiración del creador de la Secretaría de Educación Pública, José Vasconcelos, de quien Martín Luis Guzmán había sido cercano colaborador y amigo. Vasconcelos había organizado entre 1921 y

1923 una cruzada cultural, que comprendía una enorme producción editorial destinada a los maestros y alumnos mexicanos. Para él, como para muchos hombres de su generación, desilusionados por la falsa promesa de tierra y justicia, la educación era “como uno de los preceptos que quizás justifique, que quizás absuelvan a esta revolución nuestra, que tanto dolor ha costado”. Pero ya no pudo ver cristalizado su anhelo de dotar a los niños mexicanos de libros gratuitos.

Cuando aparecieron los primeros ejemplares, Martín Luis decía, con razón, que se trataba de “los libros más humildes, pero a la vez los más simbólicos que una nación adulta podía ofrecer gratuitamente a sus hijos. Son los más humildes porque sólo responden al propósito, elementalísimo, de que los niños aprendan los rudimentos de la lectura... Son los más simbólicos, porque con ellos se declara que, en un país amante de las libertades como es México, el repartir uniforme e igualitariamente los medios y el hábito de leer es algo que nace de la libertad misma.”<sup>1</sup>





Pero su recepción no fue tan entusiasta como esperaban sus impulsores. Ante la aparición del libro de texto gratuito protestaron los integrantes de la Sociedad Mexicana de Autores de Libros Escolares A.C., la Unión Nacional de Padres de Familia y el Partido Acción Nacional quien lo hizo con singular enjundia. Su vocero, Adolfo Christlieb Ibarrola, publicó el folleto *Monopolio educativo o unidad nacional. Un problema de México*,<sup>2</sup> en el que se criticaba duramente esta faceta del Estado frente a la educación. La Barra Mexicana de Abogados declaró inconstitucional la creación del Decreto de 1959 al considerar que creaba un monopolio que lesionaba el patrimonio cultural de la Nación, atentaba contra la dignidad del hombre, la integridad de la familia y el libre acceso a la verdad. La Unión Nacional de Padres de Familia, por su parte, argumentaba que los libros eran antipedagógicos, antijurídicos y sobre todo antidemocráticos ya que producían una verdad oficial como en los países totalitarios.<sup>3</sup>

La iglesia católica desplegó una campaña contra los libros de texto gratuitos que se repitió en cada ciudad, pueblo y rancharía, es decir,

dondequiera que hubiera un púlpito. El Estado mexicano alienaba —decía— el derecho de las familias a la educación de sus hijos, lo que era también un deber como cristianos. Se acercaba pues, peligrosamente al comunismo.

Las protestas por parte de estas asociaciones fueron duras en Monterrey, San Luis Potosí, Guadalajara, Acapulco y Puebla. En el primero hubo incluso una manifestación pública en la que se quemaron libros de texto como expresión de rechazo. En Michoacán, un profesor estuvo a punto de ser linchado por hacer mención de la necesidad de los libros de texto. Pero afortunadamente no hubo marcha atrás, la difusión continuó y poco a poco se apagaron las voces que los impugnaban. Cincuenta años después, hoy, no sin enemigos, siguen en manos de los niños de México como lo soñó Vasconcelos.

\*Docente-investigador de la UACJ.

<sup>1</sup> Jaime Torres Bodet, *La tierra prometida (memorias)*. Porrúa, México, 1972, pp. 241-249.

<sup>2</sup> Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación*. El Colegio de México, México, 1970, pp. 210-211.

<sup>3</sup> Para una amplia discusión del tema, véase *ibid.*, pp. 211-214.